

menos dilatacion en las ideas de la que acaso les con-
 tendria. Esto depende sin duda de la diferencia que
 hay entre el orador y el escritor. El último se vale de
 formas conexas en tanto que el primero se detiene en
 todas partes y las recorre para embellecerlas. No es
 extraño que el hombre que habia pasado su vida escri-
 biendo que habia emprendido la literatura con su Ensa-
 yo sobre las Revoluciones con el Genio del Cristianis-
 mo, con los Mártires con el Congreso de Verona, con el
 Itinerario de París á Jerusalem y con sus Memorias apar-
 te de tantos folletos políticos que fueron su constante
 ocupacion, hubiese contraido el hábito de expresarse
 con laconismo, y que este hábito se hiciese sentir en sus
 producciones en la tribuna. Por esta razon Chateau-
 briand descuellaba mas como escritor que como orador.
 Tambien contribuia al mismo efecto el genio de la
 lengua francesa, mas torcida y pueril en la expresion
 de las ideas que la nuestra. Nosotros rapidísimos
 nos movemos porque somos menos ligeros y menos im-
 pasionados. Veiamos de decorados en los pensamien-
 tos de pintar y de gozarnos de las pinturas. La pluma y
 la palabra de un francés se velan como en imaginacion,
 y las frases se elevan en golpes maestros que se
 elevan al paso. Nuestros lenguajes son mas sencillos
 y no habiamos ni escribimos como el insustentable
 que esperaba decirse mas bien que á remolque. El orador
 que al presente se levanta en la tribuna para pronun-
 ciar un discurso se consulta mucho, se forma una opinion con-
 ta la diversidad del genio de las ideas por lo que
 esta preparacion se prolonga á veces otras semanas
 de la patria del orador y mucho de sus recuerdos. El
 tipo de la actualidad de la oracion y de la oracion
 tiones. Va á ser la Sibila inspirada, y á responder á

la ansiosa atencion de los que rodean su tribuna. No
 sabe tampoco cuánto tiempo hablará; porque si el or-
 dor preparado es un reloj que no puede continuar su
 movimiento cuando su cuerda se acaba, él no tiene en
 el tiempo á que va á lanzarse otros límites que los que
 le traza la inspiracion, que hace descubrir en cada ins-
 tante nuevos horizontes. Tambien tendrá
 una fuerza mas grande, porque solo
 la palabra inspirada tiene caminos secretos y nunca ad-
 dados para llegar al corazón. Que rompa, pues, su si-
 lencio con esta seguridad, que se abandone sin descon-
 fianza á su talento y á su imaginacion sin otro punto
 de apoyo, acordándose de la Sibila que monta
 sin brida y sin silla, y que sin embargo nunca cae ni
 aun pisado el equilibrio por veloz y difícil que sea.

CAPITULO IX.

El improvisador en la tribuna.

YA tenemos al improvisador en la tribuna, de la cual
 no sabe en aquel momento si bajará con gloria ó con
 vergüenza, porque ni siquiera sabe lo que va á decir.
 Nada lleva preparado, y esto pudiera ser para él una
 penosa reflexion; mas no tiene por que atormentarse
 puesto que esta circunstancia constituye una gran ven-
 taja. El que ha meditado antes tendrá acaso mas re-
 gularidad; pero de seguro no tendrá formas tan bellas
 ni tan atractivas, porque en la familiaridad que ha ad-
 quirido con las ideas, en el comercio continuo de la pre-
 paracion, ha hecho imposible la novedad, que es la que
 produce siempre en el espíritu los grandes movimientos
 y los grandes rasgos. El improvisador ha estudiado con
 mucha anterioridad; tiene ideas, tiene pasiones; y colo-
 cado en aquel momento en la tribuna como un rey en
 su trono, ve delante de sí un pueblo de recuerdos que
 llamará en su ayuda seguro de su fidelidad y de su obe-
 diencia. Va á ser la Sibila inspirada, y á responder á

la ansiosa atencion de los que rodean su trípode. No sabe tampoco cuánto tiempo hablará; porque si el orador preparado es un reloj que no puede continuar su movimiento cuando su cuerda se acaba, él no tiene en el campo á que va á lanzarse otros límites que los que le traza la inspiracion, que hace descubrir en cada instante nuevos é inmensos horizontes. Tambien tendrá una fuerza mas poderosa y mas penetrante, porque solo la palabra inspirada tiene caminos secretos y nunca andados para llegar al corazon. Que rompa, pues, su silencio con esta seguridad; que se abandone sin desconfianza á su talento y á su imaginacion sin otro punto de apoyo, acordándose del jinete Numida que monta sin brida y sin silla, y que sin embargo nunca cae ni aun pierde el equilibrio por veloz y difícil que sea la carrera.

En el momento de empezar á usar de la palabra el improvisador, debe echar una mirada rápida sobre el todo del discurso que se propone pronunciar, y abrazar su plan en conjunto con este exámen en globo de su espíritu. Debe ademas dividirlo en su mente en exordio, parte de prueba y parte de afectos, que son los tres puntos cardinales en que ha de apoyarse. Fácil le será tomar el primero de los elementos que le ofrece la misma discusion: para la segunda necesita apelar á su instruccion y á su lógica, y no se separará de ella hasta conocer que ha producido y arraigado la conviccion en el ánimo de los que le escuchan. En cuanto á la tercera, bástale sentir y abandonarse á su sentimiento. Esta es la fórmula general que el improvisador debe dar á su plan en el instante que empieza á desenvolverlo. Esta mirada rápida toca al método sintético; mas á seguida necesita apelar al analítico para ir desarrollando todos los

estremos de su arenga, porque como ha dicho muy bien un escritor contemporáneo, la análisis y la síntesis forman la base de la bóveda de toda la arquitectura intelectual. Tiene, pues, ya el improvisador un pensamiento fijo y determinado que le guie en su camino, tiene el hilo de Ariadna para marchar con acierto por entre los rodeos y sinuosidades que forma la discusion.

Hecho este cálculo que debe ser instantáneo, el improvisador ha de cuidar mucho de no separarse de su idea principal, porque no de otro modo podrá dar á su arenga unidad de pensamiento y unidad de sentimiento. Para esto se necesita proceder con el método que separa las cosas sin aislarlas, y las junta sin confundirlas; que coloca cada una en su lugar, y que con el mecanismo de esta colocacion, dá claridad, aumenta la fuerza, y produce la vehemencia ó la gracia. Sin este método, la misma abundancia nos ahogaria, y en la anarquía de los recuerdos encontraríamos un obstáculo invencible á la expresion.

Un consejo muy importante queremos dar aquí al improvisador: que no piense jamas en las frases cuando el corazon se siente inspirado. En tales momentos todo estudio dá á la arenga el aire de la afectacion, y todo cuidado distrae y enfria. La inspiracion debe dominar á la memoria y á todas las facultades, porque quiere mandar como reina, sin abdicar ni compartir su imperio. Buscar entonces en el talento, en los recuerdos, ó en la instruccion los medios, es renunciar á todas las ventajas y anhelar los débiles y confusos ecos que nos vienen de la tierra, para desoir la voz omnipotente que nos envia el cielo. Muchos, sin embargo, naufragan en este escollo, como el barco que se rompe contra el cuerpo de las peñas por miedo de salir á alta mar y confiarse en ella

al movimiento de las olas y al soplo favorable de los vientos. Ya lo hemos dicho, y lo repetimos por su interés, porque en esto está todo el secreto de la animación y calor de un discurso: en la línea patética sentir y no calcular, recibir lo que el corazón nos envía, y no buscar nada en otra parte; ceder y no resistir; avanzar en las infinitas ondulaciones de una imaginación agitada, y no mirar abajo para ver los objetos de que cada vez nos separa mas ese impulso secreto é incomprensible que nos transforma y nos embriaga. Así, y solo así es como puede presentarse el cuadro de una indudable espontaneidad, y así y solo así es como aparece el verdadero improvisador, porque la improvisación debe ser creada y no construida. Podrá haber en estas ocasiones algún desorden y algún abandono: nada importa: este desorden y este abandono gustarán mas que el orden mas esmerado y que el cuidado mas prolijo, porque será la verdadera pintura del alma en los instantes supremos de su arrobamiento y de sus éxtasis.

Pero lo que mas forma el mérito y la reputación del improvisador, son sus respuestas prontas é inesperadas, porque se conoce que es imposible se hayan pensado antes, y que la pasión las forja instantáneamente en los arranques de su ardor. El fogoso Isnard hablaba del proyecto de invadir la Francia que mostraban los soberanos de Europa en ocasión en que se pedía que Luis XVI les pasase una comunicación firme y enérgica, y espresaba sus sentimientos de libertad y de independencia en estos términos: “Digamos á la Europa que el pueblo francés si tira de la espada, arrojará la vaina y no volverá á buscarla sino coronado con los laureles de la victoria. Que si de los gabinetes se empeñan los reyes en una guerra contra los pueblos, nosotros empeñaremos á los pueblos

en una guerra á muerte contra los reyes. Decidles que todos los combates á que se entregan los pueblos por orden de los déspotas. (aquí los aplausos ahogaron la voz del orador; mas este volviendo repentinamente sobre el asunto, exclamó): “No aplaudais: respetad mi entusiasmo: es el de la libertad:” y despues de este oportuno paréntesis que le valió demostraciones mas ruidosas todavia, continuó. “Digamos á la Europa que todos los combates á que se entregan los pueblos por orden de sus déspotas, son como los golpes de dos amigos escitados por un instigador pérfido en medio de la oscuridad. Si la claridad del dia aparece, dejan las armas, se abrazan y castigan al que los engañaba. Del mismo modo, si en el momento que los ejércitos enemigos pelearan con los nuestros, el dia de la filosofía hiere sus ojos, los pueblos se abrazarán á la faz de los tiranos destronados, de la tierra consolada, y del cielo satisfecho. Digámosles que si los príncipes de Alemania continúan en favorecer los preparativos dirigidos contra los franceses, los franceses llevarán á su país no el hierro y la llama, sino la libertad. A ellos toca calcular cuáles serán las consecuencias del despertar de las naciones.” ¡Qué rasgos tan bellos! ¡Qué salida tan inopinada y magnífica en la interrupción!

Una comisión de la Asamblea se preparaba para ir á pedir al rey el envío de tropas rehusado ya por tres veces. Mirabeau se levanta, y dirigiéndose de repente á los individuos que la componían, les habla así: “Decid al rey, decidle, que las hordas extranjeras de que estamos cercados, han recibido ayer visitas de príncipes, de princesas, de favoritos, de favoritas, y sus caricias, y sus exhortaciones, y sus presentes. Decidle que toda la noche estos satélites extranjeros, hartos de oro y de vino,

han pronosticado en sus impíos cánticos la servidumbre de la Francia, y que en sus brutales votos invocaban la destruccion de la Asamblea Nacional. Decidle que en su mismo palacio los cortesanos han tenido sus bailes al son de esta música bárbara, y que tal fué el preludio de S. Bartolomé.”

Cuando la Asamblea iba á arrojarse imprudentemente en cuestiones religiosas, Mirabeau como herido de un rayo, esclama para retraerla de aquel proyecto: “Acordaos que desde aquí, desde esta misma tribuna en que estoy hablando, veo la ventana del palacio desde la que los facciosos, uniendo los intereses temporales á los intereses mas sagrados de la religion, hicieron partir de la mano de un rey de los Franceses el arcabúz que dió la señal de matanza de los Hugonotes.”

Estas salidas prontas é inesperadas son todavia de mas efecto cuando forman la esplosion del amor propio que se rebela contra los murmullos ó las interrupciones, y que se sobrepone al prestigio del cuerpo entero, rompiendo el freno de la sumision. El mismo Mirabeau dijo respecto á la ley de los emigrados: “La popularidad que he ambicionado y que he obtenido, no es una débil caña. En la tierra es donde yo quiero meter sus raices sobre la inalterable base de la razon y de la libertad. Si admitís esta ley de emigracion, juro no obedecerla nunca.” Entonces la izquierda prorumpe en desaforados gritos; pero Mirabeau, con un solemne desprecio les lanza este mandato: “Callen los treinta.” Y los treinta se callaron.

Marat es acusado y sube á la tribuna para justificarse: “Abajo, abajo, se le grita de todas partes;” mas él, en vez de sobrecogerse y enmudecer, dice con una admirable sangre fria: “Yo tengo aquí un gran número

de enemigos personales.”—Todos, todos, se grita de nuevo.—“Pues bien, replica prontamente el orador con la misma calma. Yo los llamo al pudor para que siquiera sepan escuchar una vez.”

Estos golpes inopinados son siempre decisivos. Ponen término á todas las fluctuaciones, y dan un triunfo tan pronto como sorprendente. Asi pinta su efecto maravilloso el célebre Timon.

“La oportunidad de una réplica oratoria admira y encanta hasta á los mismos adversarios, produciendo el efecto de las cosas inesperadas: es una repentina peripetia, que rompe los nudos del drama y lo precipita: es el rayo que brilla en medio de la noche: es la flecha que, deteniéndose en el escudo del enemigo, se recoge y se lanza, y atraviesa con ella el pecho del que la arrojó.

La réplica conmueve las masas irresolutas y flotantes de una asamblea: cae sobre ellas lo mismo que una águila escondida en el hueco de un peñasco sobre su presa, y se la lleva, todavia palpitante, entre sus garras sin darle tiempo para quejarse.

Despierta por la impresion que causa su novedad á los diputados crasos, linfáticos y poltrones, que se abandonan al sueño; enternece súbitamente las almas; hace gritar: ¡á las armas! ¡á las armas! arranca exclamaciones de cólera: provoca una risa inestinguible: obliga á su adversario, gefe ó soldado, á ir á ocultar su vergüenza y su rubor en las filas de su tropa, que no le admiten, sino con piedad ó escarnio: resuelve con una palabra la cuestion: señala un acontecimiento: revela un carácter: pinta una situacion: reasume un debate: absuelve á un partido, ó le condena: forma una reputacion ó la destruye: glorifica, deprime, abate, revela, perdona, sujeta, salva ó mata, atrae, suspende mágicamente de los

labios de un hombre á toda una Asamblea, como de una cadena de oro: concentra toda su atencion sobre un solo punto: crea por un momento la unanimidad, y puede decidir completamente la pérdida ó el triunfo de una batalla parlamentaria.”

El improvisador debe partir como una flecha, y ya una vez en camino, no retroceder ni vacilar jamas. No hay cosa mas enemiga de la inspiracion, que esas fluctuaciones de un instante que se pagan con el éxito de toda la arenga. Tras de esas perplejidades pasajeras, viene la tibieza, despues la frialdad, y por último el desórden y desconcierto de las ideas y de las palabras. En aquel momento fatal la oscuridad se esparce aun sobre lo mismo que se veia claro, en vez de avanzar en línea recta se entra y se sale y se dan contínuos rodeos, y el discurso viene á ser un caos en que no se ve mas que el temor y el aturdimiento. La tribuna necesita un valor mas sereno que los campos de batalla, porque no basta en ella tener resolucion y ardimiento, sino que es menester contar con la calma y con una vista intelectual que haga que el espíritu domine sobre la pasion. Esta serenidad deberá brillar en todo el discurso aun en medio de los arranques, porque debemos dirigir siempre á la palabra, y no ser arrastrados por ella. Muchas veces la abundancia de pensamientos y de espresiones que se ofrecen al espíritu y al labio, viene á formar una dificultad de distinto género, pero no mas fácil de vencer, cual es la dificultad de la eleccion. El alma entonces ve, compara y elige instantáneamente, lo que no podria hacer si le faltase el golpe de vista tan rápido como exacto, ó si la fuerza misma de la afluencia le empujara y precipitase para producir una triste caida. La palabra en boca del improvisador debe ser lo que es el caballo guiado

por un hábil ginete: debe correr cuanto pueda, pero no desbocarse hasta lanzarnos en un precipicio.

Aproveche el improvisador los flancos que haya dejado el que le ha precedido, porque nada gusta tanto como este combate de esgrima, en que no se deja pasar ningun descuido, y en que todos los golpes van dirigidos al corazon. Cuando se desaprovechan estas ocasiones favorables, se deja de creer en el talento y en la destreza del orador, y aunque en lo demas sea vigoroso y vehemente, aquella prevencion hace sombra á su verdadero mérito, y hasta rebaja la impresion que haya podido producir con sus imágenes y con su brillo.

No deberá echarse nunca mano del ridículo, porque esta es el arma de la comedia; arma sin elevacion y sin dignidad, que no debe esgrimirse en las discusiones parlamentarias. El argumento del absurdo es á lo mas que permite avanzar la solemnidad del lugar y del acto, y no es poco mortificador aunque no se le designe con ese nombre, porque revela la completa falta de criterio en aquel á quien se echa en cara.

El improvisador debe tener una memoria muy feliz, é inútil será que aspire á serlo el que no cuente con este don maravilloso del cielo que hace patentes á nuestra vista en todos los momentos de la vida cuantas ideas hemos adquirido y cuantas emociones hemos experimentado. El orador de preparacion tiene tiempo para leer, para buscar lo que ha olvidado, para llamar sus recuerdos, para cotejar datos y fechas dudosas: el improvisador, por el contrario, no puede pedir plazo á un auditorio que le escucha impaciente. Es necesario que en su cabeza como en un espejo se representen todas las figuras no solo de actualidad, sino tambien de lo pasado. La memoria es la vela de su buque, y en el momento en

que ésta se rompa ó abata, el barco quedará parado aunque el viento de la inspiracion le sople é impela. Improvisador sin recuerdos prontos y exactos, é improvisador sin corazon que se inflame, son dos imposibles.

En cuanto á las figuras que con mas frecuencia debe usar el improvisador, son entre otras la interrogacion para dar viveza, la apóstrofe para dar una fuerza indeclinable, la antítesis para ofrecer contrastes que siempre agradan, y las comparaciones para derramar bellezas y hacer pensar. Cuando estas últimas se repiten y agrupan son de un efecto maravilloso. He aquí un modelo de Chateaubriand en ocasion en que hablaba de las reflexiones sombrías que inspiran los dias de otoño. "Las escenas del otoño, dice, participan de cierto carácter moral. Aquellas hojas que caen como nuestros años; aquellas flores que se marchitan como nuestras horas; aquellas nubes que huyen como nuestras ilusiones; aquella luz que se debilita como nuestro cerebro; aquel sol que se entibia como nuestros amores; y aquellos rios que se congelan como nuestra vida, tienen relaciones secretas con nuestros destinos."

Mas en lo que debe poner mayor cuidado el improvisador, es en que la fuerza y el tono del discurso vayan creciendo continuamente segun se va avanzando en la parte de prueba y en la pasion. Una arenga sin este movimiento ascendiente, por buena que fuera, disgustaria á todos por lo igual, por lo acompasada y por lo monótona. Que dé, pues, variedad el improvisador á sus producciones: que vaya escitando mas vivamente la atencion y el sentimiento segun avance en sus reflexiones y en la emocion, y que procure llevar al auditorio hasta la evidencia en la parte de convencimiento, y en la de afectos hasta el entusiasmo. Cuando haya conseguido

este resultado, el público proclamará su gloria, y él mismo quedará satisfecho gozando de aquel placer indefinible que va siempre ligado á la idea de la superioridad.

Esta en la palabra tiene otros encantos que en la superioridad del talento. Discurrir con mas exactitud que los demas, ver en las ideas y en las cosas relaciones y misterios que otros desconocen, tener una vista perspicaz que registra en las cuestiones hasta las arenas de ese Océano sin riberas, porque los confines del pensamiento son indeterminados, es sin duda una gran prerogativa que produce la admiracion y dá del hombre una alta idea colocándolo muy por encima del nivel de las inteligencias comunes; pero vestir estos pensamientos con el traje mas brillante y fascinador; hablar el lenguaje de los ángeles y dominar por este medio en los espíritus y en los corazones de cuantos nos escuchan, es mas que ser hombres superiores, es participar de una naturaleza ideal y casi divina, colocada en otras esferas y conoedora de otros arcanos.

Y he aquí otra de las ventajas del improvisador que influye no poco en su propia existencia. Acostumbrado por sus continuos ejercicios á ver y pintar las cosas por el lado mas bello y seductor, se forma una existencia interior elevada, todos sus pensamientos participan de esta grandeza, y cada dia se aleja mas de la vida exterior y prosáica á cuyo compás rutinario se mueve y agita el mundo. Vive en él como si no le perteneciera, y su alma está siempre en la region feliz del idealismo y de celestiales ensueños. Para él no puede haber pesares prolongados, porque en sí mismo lleva las compensaciones y los consuelos. Ciceron recomendaba el comercio de las letras en las aficciones de la vida; mas el de las bellas letras á que el improvisador necesita es-

tar continuamente dedicado, es más dulce, más grato y más fecundo en recursos. Se ha dicho que no se puede robar todo al poeta, porque le queda siempre su lira. Tampoco se puede robar todo al improvisador, que tiene en sus pensamientos el delicado perfume de la poesía sin imitar sus ficciones. El no es un ser quimérico que construya una existencia distinta de la real y que la embellezca con el eco de sus cantos: es un ser positivo que vive la vida conocida, pero despojada de su corteza, vaciada en un molde en que todo es espiritual, todo tierno y consolador. Después de haber vivido más o menos tiempo de ese modo que los demás no comprenden, muere también como ellos; pero no se entierra con él su nombre esclarecido por la fama, sino que va más allá de la tumba. Las pirámides de Egipto no han podido transmitirnos el nombre de los reyes poderosos que las mandaron fabricar, y en tanto pasa de edad en edad la gloria de Demóstenes, de Cicerón y de Mirabeau. Parece que esto sea una reparación de la justicia divina. Los que brillan sobre la tierra para oprimirla con su planta o para devastarla con el acero, no logran hacer pasar su memoria a la posteridad, que se venga condenándolos a un oprobioso olvido. Solo el genio tiene la prerogativa de no morir, porque cuando ya ha desaparecido del mundo, quedan en él las magníficas obras de sus inspiraciones, y el recuerdo dulce de su luz transitoria.



CAPITULO X.

El improvisador después de dejar la tribuna.

Ya hemos oído al improvisador que ha llegado a formarse con el estudio y los ejercicios, y le hemos visto recoger en una hora la recompensa debida a sus trabajos y perseverancia. ¿Está todo concluido? No: es necesario que no pierda de vista algunas prevenciones si quiere no deslucir su éxito, y si desea conservar siempre su reputación en la altura a que ha logrado elevarla. Los taquígrafos se han apoderado de su discurso y se lo presentan para que lo corrija. ¿Qué debe hacer? Si lo han copiado bien en la parte de afectos, dejarlo como está y no porfiar en darle una pulidez y reforma que por lo común lo debilita. ¿Hay alguna palabra repetida, algún desorden en las ideas? Déjese sin embargo como la pasión lo ha dictado, porque la pasión tiene su lenguaje peculiar, y no se acomoda al rigorismo de los preceptos. En los movimientos apasionados muchas veces la irregularidad gusta, y las repeticiones dan fuerza. En el pasaje que hemos citado de Isnard, en el capítulo anterior, se halla cinco veces repetida la palabra pueblo en